

donde hasta salir del término se cruza legua y media de impenetrable espesura, surcada por tortuosas sendas como un laberinto, trazando pórticos interminables con las columnatas de robustos troncos, cubierta siempre de verde bóveda, sonora siempre como un mar agitado. Y al dejar el partido de Santa María de Nieva para entrar en el de Cuellar, continúan los pinares aunque ya intermitentes, y acompañan al viajero por Fuente el Olmo, por la Fresneda, por Chañe, por Arroyo, pasando primero la corriente del Pirón por el puente de Alvarado y más adelante la del Cega, hasta conducirlo á la villa insigne cuyo territorio pisa; al paso que otros no menos extensos, interpolados con aguanosas praderas, salen al encuentro del que viene directamente de Segovia atravesando por medio de Navalmanzano y tocando en Pinarejos y Sancho Nuño.

Tiene Cuellar á lo lejos aspecto de ciudad, y aunque al acercársele disminuye en grandeza, aumenta en interés á medida que se demarcan sus pintorescas formas. Sentada en una vistosa colina y derramada al este y al sur por sus vertientes, aparece en anfiteatro, con un grandioso castillo en la cima, con una ciudadela que cierra el barrio superior, con una muralla que rodea hasta abajo lo restante de la villa, y con arrabales que rebosan todavía fuera del recinto. Entre el caserío descuellan las torres y ábsides de diez parroquias, en las afueras seis conventos bien ó mal conservados. Poderoso dueño revelan en verdad las obras del alcázar, alta importancia é ilustre historia la fortaleza de los muros, mucha población y mucha piedad y riqueza tanto número de templos y fundaciones religiosas.

Para más realzarla algunos anticuarios derivan su origen y su etimología de Colenda, ciudad valerosa cuanto infortunada, á cuyos habitantes por haber resistido durante nueve meses á los romanos vendió por esclavos con sus hijos y mujeres el cónsul Tito Didio el año 656 de Roma (96 antes de Cristo); pero han olvidado que esta guerra pasó en la región de los Arévacos y Celtíberos, y no en la de los Vacceos donde nos halla-

mos. *Colar* la llama don Rodrigo al mencionarla como uno de tantos pueblos que debieron á Alfonso VI su restauración ó su libertad; y esta es la más antigua fecha á que con datos legítimos se remonta. En 1112 se hallaba ya constituido su concejo, pues en unión con el conde Ansúrez dotó convenientemente el monasterio de benedictinos de San Boal, situado entre pinares á orillas del Pirón tres leguas al sudoeste, y agregando después como priorato al de San Isidoro de Dueñas. Dió fuero y leyes á Cuellar para su gobierno en 1256 Alfonso *el sabio* en las cortes de Segovia; y reuniéronlas en ella año de 1297 la reina doña María y el infante don Enrique como tutores de Fernando IV, desde cuya época empieza á figurar en los anales políticos del reino (1). Durante la minoría de Alfonso XI creóse allí una hermandad que en 1319 apoyó las pretensiones de don Juan Manuel á la regencia contra los derechos de la reina abuela y de su hijo don Felipe. Favorecida por el rey don Pedro con una larga residencia, presenció en 1353 su poco sincera reconciliación con el maestre don Fadrique su hermano, y al año siguiente su temerario enlace con doña Juana de Castro, previa la disolución del primero por la culpable debilidad de los obispos de Ávila y de Salamanca. Fué testigo de la cristiana muerte de la reina Leonor de Aragón primera esposa de Juan I, á quien costó la vida su tercer parto en 13 de setiembre de 1382. Pero las repetidas mudanzas de señorío que experimentó en el siglo xv le acarrearón más graves é íntimas perturbaciones.

Á don Juan infante de Aragón y rey de Navarra pertenecía Cuellar hacia el 1429, no sabemos si por herencia paterna ó por merced real, cuando le fué quitada por sus continuas rebeliones, y dada al conde de Luna don Fadrique refugiado aragonés, úl-

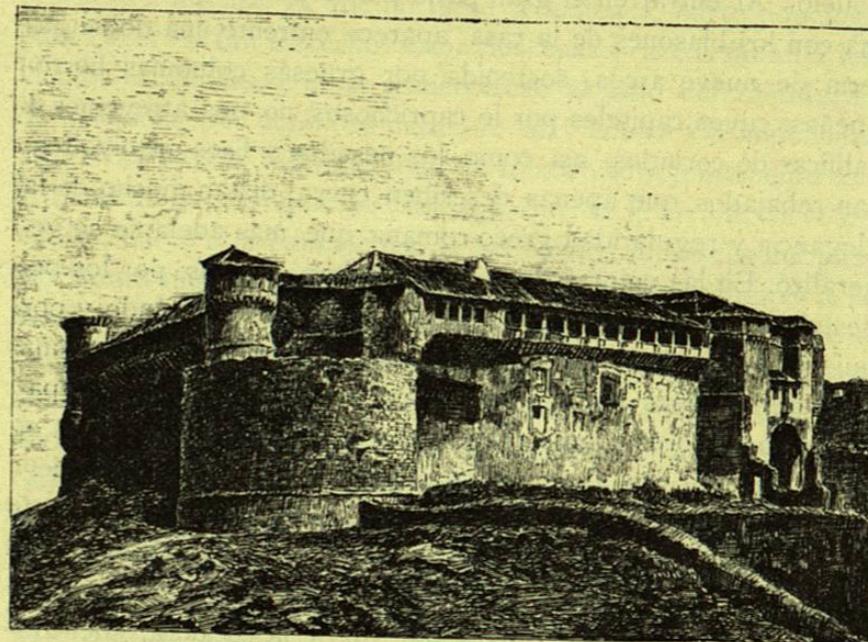
(1) El ordenamiento de dichas cortes, fechado del 29 de marzo, puede verse en el tomo I de la colección publicada por la Academia de la Historia, p. 135. Estas fueron las primeras tenidas en Cuellar, pues juzgamos apócrifas las que refieren Colmenares y Méndez Silva por los años de 1184, en que Alfonso VIII, dicen, armó caballeros al conde de Tolosa y á otro conde francés cuyos nombres están notoriamente viciados.

timo retoño ilegítimo de la dinastía de los Berengüeres. Perdió-la en breve por sus crímenes ó tal vez locuras el desatentado mancebo; y á su hermana Violante, que intercedía por él y tal vez le alentaba contra el conde de Niebla su marido de quien vivía apartada, se le mandó guardar arresto dentro de la villa. Sin duda vino á acrecentar ésta los dominios del omnipotente condestable, pues al recobrarla en 1439 el rey de Navarra puesto al frente de temible liga, don Álvaro recibió en compensación á Sepúlveda. Devuelta á la corona, Juan II la legó por testamento á su hija la excelsa Isabel con una gran suma de oro; pero Enrique IV, que tuvo en ella cortes en 1455, primer año de su reinado, á fin de levantar un armamento general contra los moros de Granada, atropelló el derecho de su hermana para dársela en 1464 á su valido don Beltrán de la Cueva con el ducado de Alburquerque y otras grandes villas, como indemnización del maestrazgo de Santiago que le habían obligado á renunciar el disgusto de los grandes y las murmuraciones del pueblo.

Hondas raíces echó en Cuellar el nuevo señorío á pesar de trastornos y vicisitudes harto desfavorables. Transmitióse éste como los demás estados de don Beltrán á sus descendientes en línea recta durante tres siglos y trece generaciones, hasta incorporarse en la casa de Alcañices; y á favor de sus primogénitos erigiólo Felipe II en marquesado. Allí quiso tener su panteón el hábil jefe de la familia, labrando al efecto un convento suntuoso: hay quien le atribuye también la fábrica exterior del actual castillo; pero algunas de sus obras parecen bastante anteriores á la segunda mitad del siglo xv, y otras hay cuya época no es fácil de fijar. Colocado en la cúspide del cerro al extremo occidental, domina un vastísimo horizonte, hasta Segovia por un lado é Iscar y Olmedo por el otro: su planta es un cuadrilongo, cuyos ángulos flanquean gruesos pero desiguales cubos. El de nordeste corresponde á un salón de esmerada bóveda, alumbrado por una ventana de estilo gótico moderno; al sudeste avanza

una robusta torre cuadrada, y entre las dos traza el ingreso un arco peraltado de arábigo carácter defendido por dos garitas. Guarnecen gentiles matacanes aquel lienzo oriental, y almenas con bolas el del norte, y entrambos los cierra la barbacana re-

## SEGOVIA



CASTILLO DE CUELLAR

forzada con cubos. Primitivo es el ajimez con lobulado rosetón en su vértice, que adorna la torre contigua á la desnuda portada de medio punto; y primitivo parece asimismo, y formaba tal vez la antigua entrada, otro arco arábigo tapiado entre dos machones á la parte de mediodía, donde entre vetustos matacanes, destinados probablemente á recibir almenados antepechos, se extiende una galería del renacimiento medio sofocada por el tejado, que cubre también la plataforma de los torreones convir-

tiéndolos en palomares. Por todos lados adiciones y remiendos, aberturas de todo tamaño y forma hechas ó macizadas sin orden ni simetría, construcciones sin unidad ni plan sobrepuestas y confundidas entre sí.

No así el interior del castillo, que á mediados del siglo XVI emprendió reformar el tercer duque, llamado Beltrán como su abuelo. Al entrar en el gran patio por la puerta marcada encima con los blasones de la casa, aparece enfrente una doble galería de nueve arcos, sostenida por gruesas columnas berroqueñas, cuyos capiteles por lo caprichosos no nos atrevemos á calificar de corintios, así como los pesados y lisos arquivolto, tan rebajados que apenas describen curva, distan mucho de la elegancia y regularidad greco-romana que más adelante se generalizó. En las enjutas de la baja resaltan escudos; por los pedestales de la alta corre un letrero que expresa cuándo y por quiénes se hizo (1). Más arriba debajo del arquitrabe ábrese una serie de ventanas rectangulares, con recuadros en los entrepaños cuyas labores tiran á platerescas. De la misma época es el largo corredor que abarca el lado derecho del patio, descubierta á modo de azotea, repitiéndose en los macizos de la balaustrada la fecha de la obra y los títulos y comisiones de su noble promovedor (2); parte de él lo ocupa una galería de orden dórico sin arcos, practicada para dar luz á la escalera. Mientras allí tuvieron frecuente residencia los duques, cubrían las paredes de las salas cuadros de historias y retratos, y belicosos instrumentos y aparatos de toda clase ofensivos y defensivos forma-

(1) De este letrero, que en tiempo de Ponz se hallaba ya en parte consumido, sólo pudimos sacar, en el breve espacio que teníamos disponible, las siguientes palabras: «Aquí... estos arcos en el año de... señores de esta villa e de otras los muy ilustres don Beltran de la Cueva tercer duque de Alburquerque, conde de Ledesma y de Huelma, y su mujer doña Isabel Giron á quien Dios dé descanso en este.....»

(2) La inscripción, distribuída por los pedestales de la balaustrada, dice así en cuanto es posible leerla: «... mandó hacer este corredor losado, comenzóse año de mil quinientos cincuenta y ocho años, acabóse año de 1559, estando su señoría ilustrísima en Navarra... capitán general de aquel reino de todas aquellas... mandó el rey nro. señor en Flandes...»

ban una de las más curiosas armerías, hasta que vino á deshacerla la lucha de la Independencia; ahora el desmantelamiento del edificio corre parejas con su no interrumpida soledad.

Del castillo se desprenden los fuertes muros que circunscriben la ciudadela, cuyo cuadrado recinto recordaría el de las poblaciones romanas, si estuviera averiguado que Cuellar correspondiese á alguna, ya que no fuese á Colenda, harto populosa para caber en tan estrecho sitio. Sus cuatro arcos miran á los vientos cardinales, y el de poniente cae al lado del castillo; el de mediodía, por donde se descubre más entera y á imponente altura la muralla, tapizado todo de fresca yedra juntamente con la torre de la parroquia de Santiago que se le arrima, sirve de oscuro marco á la perspectiva de los barrios inferiores del pueblo, nunca más encantadora que cuando velada de vapores á la caída de la tarde; al oriente se abre entre robustas torres el del Estudio ó de San Martín, comunicando con el recinto de la villa; al norte da salida hacia las afueras el de San Basilio, de corte arábigo, metido entre un torneado cubo y un cuadrado torreón que avanza formando recodo, pintoresco grupo que, realzado por una cruz de piedra, puede disputar su efecto al más interesante tipo que exista de antiguas fortificaciones.

Dentro de la ciudadela no hay otra parroquia que la de San Esteban, y para incluirla adelantábase la cerca junto al arco de San Martín. Á la subida se manifiesta su grande ábside de ladrillo, adornado con dos zonas de arquería y con otras de esquinas resaltadas y recuadros de labor vistosa; la portada, incluída en líneas rectas, se compone de arcos decrecentes, y la resguardaba un pórtico que se arruinó. Llenan los costados de la capilla mayor hornacinas ojivales, cuajadas de arabescos dibujos hasta la cornisa; y en la forma usada por los sarracenos, encuadran los arcos y orlan sus lobulados colgadizos unos letreros reducidos á preces y oraciones latinas: las urnas labradas al estilo gótico llevan escudos, y sobre las dos de la parte del evangelio yacen estatuas de alabastro, en cuyo ropaje talar se

denotan gentiles pliegues. Dedicó esta memoria á su padre y á su tercer abuelo el caballero que descansa al otro lado con su esposa (1). Parecido á los indicados nichos es el que frente á la entrada contiene un retablo del Descendimiento de la cruz; y en la angosta nave lateral de la derecha hay otro con una tabla que representa al Resucitado de pié sobre el sepulcro con varios santos de rodillas al rededor, ignorándose si las dos figuras echadas que hay debajo, y que parecen ser de padre é hijo según las respectivas edades, tienen alguna relación con el que hizo aquel retablo, el benemérito arcediano Gómez González fundador del hospital de la Magdalena (2).

Instituyó en 1429 este prebendado, mediante bulas de Martino V de quien era caudatario, juntamente con el referido hospital un estudio de gramática latina, que se conserva junto al arco al cual da nombre, aunque con más moderno edificio y con galería alta y baja al rededor de su patio. Contigua está la suprimida parroquia de San Martín, revestidos por fuera de arquería sus tres ábsides, y en la calle vecina una suntuosa casa titulada *de la torre* por la que á su lado tiene, rebajada ya al parecer, ostentando un gallardo ajimez de medio punto. Del mismo género, son los otros tres de la fachada y la puerta decorada con columnas, sobre la cual se ven blasones, reproducidos adentro en los techos artesonados de las estancias. Hay quien afirma que aquella mansión fué teatro de las breves é

(1) Llamábase Martín López de Córdoba Hinestrosa, «hijo y tercer nieto, al tenor de la inscripción renovada, de los que están en los arcos fronteros, cuya obra mandó hacer en 1508,» y su mujer doña Isabel de Zuazo fallecida en 1509. No consta el nombre de los dos ascendientes, el más antiguo de los cuales debió alcanzar al siglo XIV, de cuya época más que de principios del XVI parece la ornamentación de los nichos. Acaso el tercer nieto no puso sino las urnas y las estatuas.

(2) «Este retablo, dice el letrado repuesto en 1630, mandó, hacer don Gonzalo Gonzalez (Gómez y no Gonzalo es el nombre que le dan Colmenares y demás autores que de él hablan), arcediano de Cuellar, fundador del ospital de la Magdalena y su retablo.» Más arriba hay restos de otra inscripción en letra gótica, de la cual se lee lo siguiente... «de buena memoria Juan Velasquez de Cuellar caballero;» el resto consiste en versículos del *Miserere*.

ilegítimas bodas del rey don Pedro con doña Juana de Castro; hay quien afirma que perteneció á la familia de Diego Velázquez el antagonista de Hernán Cortés, que apoyado en sus celos por el obispo de Burgos don Juan Fonseca, por poco frustró en su origen la gloriosa empresa del gran caudillo.

La bajada conduce á la plaza, sita en el centro de Cuellar, donde la casa de ayuntamiento despliega sus tres arcos escarzanos orlados de sartas de bolas y su ingreso semicircular encuadrado, y donde se encuentra San Miguel la más frecuentada parroquia del pueblo. La renovación se descubre en su fachada y en la mitad inferior de la nave cubierta de labores de yeso: la otra y las capillas conservan bóvedas de crucería y góticas ventanas, y las tiene asimismo la torre aunque muy desfigurada en su remate. Más abajo al extremo de una calle aparece San Pedro al lado de la puerta de su nombre, á la cual sirve de torreón de defensa su capilla mayor, rodeada exteriormente de grandes y fuertes arcos de piedra y sembrada arriba de aspilleras en cruz. Por cima del muro asoma la portada bizantina flanqueada de columnas; pero la iglesia ha pasado por una moderna reforma, á excepción del retablo compuesto de pinturas en tabla de la pasión del Redentor, y costeadado según el letrado en 1575 por Gómez de Rojas y su mujer Angelina Velásquez de Herrera.

Tiene como hemos dicho segunda cerca la villa, no tan fuerte como la ciudadela, y por largos trechos enclavada en el caserío; sus arcos, á diferencia de los de la otra señalados con el ducal escudo de sus señores, llevan la cabeza de caballo que constituye las armas del municipio. Cuatro son las puertas de este recinto, ni más ni menos que las del primero; la de San Andrés al nordeste, al este la de San Francisco, al sudeste la referida de San Pedro, y al sur la de la Trinidad. Quedan dentro por el último lado las parroquias de Santiago y de Santa Marina, las dos abandonadas y ruinosas: la primera arrimada á la ciudadela, y vestida de yedra su torre, según arriba observamos, y tapia-

dos los arcos semi-arábigos de su pórtico; la segunda más abajo formando un grupo tanto más interesante cuanto más próximo á su total hundimiento. Á la izquierda del convexo ábside se levanta la cuadrada torre, ceñidos aquél y ésta en su respectiva proporción de doble serie de arcos de ladrillo; y á la derecha asoma la extremidad del pórtico, cuyos dos arcos estriban en una columna de fuste espiral y de capitel bizantino en el cual se advierte el apostolado completo. Era el templo de Santa Marina uno de los decanos de Cuellar, y en una arca de piedra custodiaba antiquísimos documentos (1); su nave principal, antes que se renovara, tenía techumbre de madera, las laterales y la capilla mayor conservan las bóvedas primitivas. En un nicho á la parte de la epístola yace el famoso cronista de Indias Antonio de Herrera Tordesillas, autor de *las Décadas* é hijo de aquella población, fallecido en 1625 (2).

Fuera ya de los muros, en lo alto de un cerro al mediodía, aparece aislada Santa María *de la Cuesta*, que á excepción de los arcos semicirculares de su torre, ha perdido á fuerza de reparos su antiguo carácter. Una puertecita ojival pone en comunicación la iglesia con el campo santo cercado de murallones á modo de fortaleza, donde se hallaba sin duda aquel *buen claustro* que indica Colmenares y que acaso dió margen á la tradición que la supone fabricada y servida por los Templarios. Debajo cae en medio del arrabal San Salvador, reforzado con arbotantes el ábside de ladrillo, cerradas las ojivas del pórtico, pero abiertas las que perforan de dos en dos entrambos cuerpos de la alta y fuerte torre terminada con otro de ventanas de medio punto (3). Negra parece la de Santo Tomé, construída

(1) En ella dice haber visto Colmenares el apeo que dió á la villa de su tierra y jurisdicción el rey Alfonso VIII, hallándose allí en 11 de julio de 1210.

(2) Herrera fué su apellido materno; su padre se llamaba Rodrigo de Tordesillas, nieto del desgraciado procurador á cortes por Segovia que llevaba el mismo nombre y que fué asesinado en 1520.

(3) En la sacristía de San Salvador hay un cuadro de San Joaquín y Santa Ana que lleva la firma de Jordán, *Jordanus fecit*.

de piedra y ladrillo y sembrada también de ojivas; hállase más á levante dando la vuelta por bajo de la muralla, y su iglesia, á la cual introduce una sencilla puerta bizantina, se consume en el abandono, á pesar de contener una gran capilla de arcos apuntados dedicada á la Virgen patrona de Cuellar, á cuya izquierda se notan grandes sepulcros de la familia de Arellano. Para los habitantes del arrabal por aquel lado permanece más al norte San Andrés, cuya fachada de ladrillo marca en varias molduras decrecientes la bóveda de la nave principal, incluyendo la portada de piedra, que si bien románica reduce su adorno á dos columnas en cada jamba; tiene cuadrada torre, segundo ingreso lateral, y tres ábsides guarnecidos según costumbre de arqueadas zonas y de recuadros; y las naves de los costados mantienen sus peraltadas bóvedas de medio cañón, comunicando mediante arcos de plena cimbra con la central, en la cual sustituyó en 1818 al techo enmaderado una cubierta de yeso.

Así subsisten, sin faltar una, más ó menos fieles á su primer tipo, las diez parroquias de Cuellar: al rango de monumento ninguna puede aspirar; esto se queda para el convento de San Francisco. Situado fuera del arco de su nombre en el fondo de una espaciosa plaza, por detrás del reformado frontis de la iglesia, que termina en espadaña y que decora una portada con columnas de orden jónico, asoman en las alas de su crucero y en los machones de su capilla mayorafiligranados botareles formándole una corona de crestería, y ábrense ventanas de la decadencia gótica selladas con el blasón de los duques. Al recibirlo bajo su patronato el poderoso D. Beltrán, pues llevaba ya dos siglos de existencia aquella religiosa casa, se acordó sin duda del Parral de Segovia, y quiso competir en esplendor con aquel don Juan Pacheco su antecesor y perenne rival en la privanza de Enrique IV. Dió á la magnífica nave del templo seis bóvedas de crucería, dos más que no cuenta el otro, poniendo en las claves su escudo; en los costados de las grandes ventanas del ábside y del crucero hizo colocar, como están allá, las doce estatuas del

apostolado bajo doseletes, y en los ángulos del crucero las cuatro de los evangelistas con otras dos de heraldos vueltas hacia la entrada. Quizá tampoco pudo gozar como su émulo en ver completa su obra, pues aunque sobrevivió á Pacheco casi veinte años no falleciendo hasta el 1492, demuéstrese muy posterior á su muerte el gran retablo de cinco cuerpos, compuesto de veinte y nueve tablas que representan misterios de la Virgen y del Salvador; y no solamente su precioso sepulcro, sino los que pudo en vida hacer labrar á los de su familia que le premurieron, participan de los primores y galas de un estilo más avanzado.

Tales son los mausoleos de alabastro erigidos en los brazos del crucero, el del lado del evangelio á don Gutierre de la Cueva hermano de don Beltrán y obispo de Palencia fenecido en 1469, el de la epístola según se cree á la primera mujer del valido, Mencía de Mendoza hija del duque del Infantado. Aquel, además de la yacente efigie del prelado y de un relieve de nuestra Señora de la Piedad en el fondo del nicho, ofrece excelentes figuritas incrustadas en las agujas que flanquean el arco rebajado, y sobre este las del Padre Eterno, de la Anunciada y el ángel y de dos doctores de la Iglesia bajo cinco guardapolvos. Todavía se les aventajan en perfección las esculturas del otro, así la de la dama, bellísima en el rostro y acabada en el ropaje, como el alto relieve de la Resurrección del Señor puesto dentro del arco de medio punto, cuyas pilastras y delicados frisos labró gentilmente el renacimiento, compitiendo con ellas las demás distribuídas por sus varios cuerpos, las santas de los entropaños, las dos apariciones del Resucitado á Santo Tomás y á la Magdalena, las imágenes de religiosos franciscanos colocadas arriba, y la cara del Ecce-homo incluída en el frontón triangular. En medio de la gradería del presbiterio se reservó sepultura el espléndido magnate, compartiéndola con su segunda y su tercera esposa, Mencía Enríquez hija del duque de Alba, y María de Velasco hija de don Pedro condestable de Castilla, viuda de su

mortal enemigo don Juan Pacheco, trocado á lo último por milagros de la ambición en aliado del de Alburquerque. Vivientes parecerían las tres insignes estatuas tendidas sobre la cubierta, á no haberlas destrozado horriblemente en la invasión francesa la barbarie y rapacidad de los soldados (1); lo que menos sufrió fué la urna, en cuyas esquinas hay nichos con figuras sentadas, y en cada frente escudos sostenidos por ángeles de relieve. En el pavimento una gran plancha de bronce sirve de losa á Isabel Girón, esposa del tercer duque Beltrán II, fallecida en 1544: unos y otros entierros están en una bóveda debajo del altar mayor.

No hicieron menor estrago en la rica sacristía los invasores, saqueando las preciosidades que en oro y plata y coral habían acumulado allí los patronos; y lo que dejaron los franceses, la revolución lo limpió. Quédale sólo la majestad de su bóveda adornada de entrelazos, y las hornacinas trazadas á un lado y otro para la cajonería, cubiertas un tiempo de azulejos de mosaico, con medallones de emperadores romanos en sus enjutas, y con frisos de labores gótico platerescas que corren por cima de sus arcos, confundándose con las bordadas letras que expresan textos del *Miserere*. Más fortuna tuvo el claustro en conservar los cuadros regalados en 1739 por el oncenno duque don Francisco y doña Agustina de Silva su consorte; su arquitectura es moderna como toda la del convento. Los otros dos que poseía Cuellar distan mucho de la importancia del de franciscanos. Frente á la puerta septentrional de la ciudadela está el de San Basilio, con su iglesia arreglada en humildes dimensiones al ordinario tipo de crucero y cúpula: junto al arco meridional de la villa sale al paso el de la Trinidad, trasladado allí en 1544 desde otro punto más lejano con la protección de doña

(1) Desbaratose al mismo tiempo la inscripción, de la cual sólo se leen algunos fragmentos: «María de Velasco hija del condestab.... hija de don Diego de Acuña». No lo fué ninguna de las mujeres de don Beltrán de la Cueva, y así no sabemos á quién se refieren las últimas palabras.